

## QUIJOTISMO Y CERVANTISMO

### EL DEVENIR DE UN SÍMBOLO

HAY un momento augusto en la vida de todo hombre consciente cuando empieza a traspasar los linderos de la juventud, en el que se siente como un imperativo deseo de conocimiento, de penetración en la propia personalidad y se alzan ante nosotros las interrogaciones magnas del *cómo*, del *por qué* y del *a dónde*. Experimentamos en tal instante una patética sensación de vacío: es la gran crisis de la conciencia, peligrosa en sí, como toda crisis. El único tratamiento adecuado es el replegarse dentro de sí mismo y hacer el cuento, recuento, ordenación y recapitulación de todo lo que nuestra vida ha sido. Recuerdos, sensaciones, ideas, fracasos y victorias. Hay que tornar sobre el pasado para poder mirar valerosamente al porvenir. Cuanto más desordenado haya sido un temperamento en la juventud, mayor necesidad de orden y recapitulación sentirá en el dintel de la madurez.

Este momento augusto de la vida del hombre acontece por igual en la vida de los pueblos, y el individuo o el pueblo incapaz de resolver esta crisis interna de su espíritu puede contarse por individuo o pueblo muerto, o lo que es peor, fracasado. El individuo o el pueblo incapaz de cumplir en un instante preciso de su existencia el precepto socrático es individuo o pueblo que irá fatalmente a engrosar las filas de los inválidos de la vida o de la historia.

Para el hombre, cada aventura juvenil encarna o debe encarnar en un recuerdo. Para los pueblos, cada aventura juvenil encarna o debe encarnar en un símbolo. Y así como el carácter del hombre no es en definitiva sino resultado de la estructuración armónica de sus recuerdos en un cuerpo biológico, así el carácter de los pueblos no es sino el resultado de la estructuración de símbolos en un cuerpo social. (Doy a la palabra social el valor del conjunto de elementos étnicos, filológicos, geográficos, etc., de medio y tradición.)

No es necesario insistir una vez más en que España, y acaso el mundo todo, está en la hora actual atravesando una crisis vital, una crisis de crecimiento y, por ende, de conocimiento puesto que el crecer no es para el espíritu sino una paulatina conquista de la conciencia.

Hace unos años cuando yo llegué a Madrid a estudiar Filosofía y Letras, dí en la flor, como tantos otros muchachos provincianos de ánimo romántico, sentimental y aventurero, de militar en el andante ejército de la bohemia astrosa y desarrapada, aquella bohemia finisecular, que ya trascendía a las novelitas de perra gorda para uso y deleite de modistillas y señoritas de *comptoir*, víctima poco después del devenir de la historia, que con la guerra europea mató para siempre todas las larvas que aún quedaban vivas de aquel espíritu. Toda mi ideología de aquellos días, fiel trasunto de la ideología de otros muchos, se encerraba poco más o menos en un odio cerril e inexplicable contra los cervantistas, eruditos e historiadores. ¿Para qué volver sobre el pasado habiendo en cambio tantas cosas bellas que cantar? Mi actitud de entonces, yo no hubiera sabido explicarla. Hoy advierto cuán disparatada e irreflexiva era. En efecto, si algún síntoma parece fecundo en la España de hoy es esta acuciosidad por conocer nuestro pasado; este anhelo general en las gentes de pensamiento de penetrar en el arcano de nuestra historia, de explicar y depurar el significado de símbolos y mitos que en torno a nuestro carácter han ido tejiendo los siglos.

Al comparar la literatura contemporánea de España con la de otros países se advierte al punto una nota predominantemente crítica. Otros países de la Europa occidental pasaron ya el momento de revisión y crítica, pero probablemente en ninguno fué ni tan necesario ni tan agudo ni tan dramático como en España. La razón es obvia. En ningún otro pueblo de Europa el alma fáustica, característica del alma occidental según Spengler, llegó a tan gran exaltación como en España. Voluntad, fuerza y acción, fórmulas supremas del mito fáustico, llegan a su máxima tensión en el frenesí vital de nuestro siglo XVI. Ignacio de

Loyola, los conquistadores, Don Quijote y Don Juan, figuras sobresalientes en el retablo fáustico, en España nacen, viven y mueren. Magnífico acierto del gran filósofo alemán, situar en España el centro de la Historia Universal en el siglo XVI.

“La época primera del barroco,” dice en el tomo I, página 225, “desde el saqueo de Roma hasta la paz de Westfalia, que es en religión, espíritu, arte, política, costumbres, el Siglo Español, no hubiera recibido su forma en Madrid sino en París. En lugar de los nombres de Felipe II, Alba, Cervantes, Calderón, Velázquez, citaríamos actualmente a ciertos franceses que hoy por hoy han quedado nonatos. . . . El azar eligió el gesto hispánico para la segunda edad de la cultura occidental.”<sup>1</sup>

Ningún pueblo conoció más súbito ni mayor encumbraamiento. Voluntad, fuerza y acción impulsan las carabelas hacia América y a Don Juan de Austria hacia Lepanto. Voluntad, fuerza y acción—fuerza espiritual—sostienen a Don Quijote en su fe y le hacen olvidar palos, magullamientos, burlas y rechiflas en su genial carrera. Voluntad, fuerza y acción mueven el infernal sensualismo de Don Juan. Voluntad, fuerza y acción soportan el brazo tajante y la férrea disciplina de Ignacio de Loyola que salva al catolicismo. Voluntad, fuerza y acción vueltas hacia el cielo en supremo ímpetu, el mismo de las agujas góticas, mueven la pluma y el alma de Santa Teresa, de San Juan de la Cruz y el pincel del Greco. Voluntad, fuerza y acción son las tres insignias que campean en el sello indeleble de toda la obra hispánica en aquellos años azarosos.

Pero ningún pueblo conoció tan terrible derrumbamiento. El impulso se apaga y el cansancio llega. El haber abusado de la voluntad, de la fuerza y de la acción sin norma ni equilibrio produce estragos. Cuando la voluntad ha logrado todos sus objetivos, el espíritu español desmaya y cae en letargo. El americano Waldo Frank ha visto claro cuando dice en su *Virgin Spain*:

<sup>1</sup> Se refiere Spengler a la hipótesis de que Francia hubiese acogido las proposiciones de Colón en vez de España.

La tragedia de España es haber triunfado. Primero: su vitalidad se disgregó en formas dominantes de su voluntad; después, España redujo esas formas al equilibrio que necesitaba. Y ya no quedó vitalidad sobrante. Todas las fuerzas antagónicas se fundieron en la inacción dentro de las almas españolas. Al fin, los esfuerzos titánicos por las conquistas, por el arte, por Dios se compensaron mutuamente. La vitalidad no ha desaparecido, no ha disminuído; está equilibrada y el resultado es la modorra.

De haber sido menos heroico en su querer o más objetivo en los medios para lograrlo, el español no sería ese gigante destrozado por su buena fortuna, ese gigante encarcelado en la realidad de su ideal.

La modorra ha durado tres siglos. ¿Habría despertado ya el espíritu español? ¿No es acaso esto que nosotros llamamos el despertar de nuestra conciencia un sueño más, juego de espejismo? Síntoma consolador es éste de nuestra posición crítica. Bien sabido es cómo se inicia el movimiento revisionista de la actualidad española. Dejemos descansar ya a Costa y a los hombres del 98; hoy vamos a examinar algo concreto.

Era lógico que al tratar de explicar el alma de España y de sistematizar su pasado, los exégetas críticos e historiadores que tal tarea se impusieron, dirigieran el dardo de su mirada hacia el símbolo más alto y patente, hacia el carácter más auténtico y universal de la cultura española. Nótese cómo poco después de la interpretación crítica y exégesis de Don Quijote, surge la de Don Juan. Literatos, filólogos y pensadores se agitan en torno del Burlador, y hasta los médicos y psiquiatras lo han metido ya en su laboratorio de psico-análisis para descubrirle sabe Dios qué enfermedades, taras y máculas.

Pero dejemos por hoy reposar en paz a Don Juan en el cielo que Zorrilla con su imaginación volcánica le concedió en nombre de la misericordia divina y vengamos ya al tema central de nuestro estudio; esto es, a ver cómo el pensamiento y el alma moderna de España representada por sus escritores más significados han considerado a Don Quijote y a su autor. Procediendo ordenadamente, es necesario empezar explicando, aunque sea muy a la ligera,

cuál ha sido la posición de la crítica antes de ahora en lo que atañe a este punto cardinal del firmamento espiritual de España.

Se ha dicho y repetido hasta la saciedad que ya no quedaba nada por decir sobre Cervantes y su obra imperecedera. Esto era un tópico en España hasta hace muy pocos años, justamente hasta que los más penetrantes pensadores y filólogos vinieron a demostrar que hasta ahora no se había dicho nada, o por lo menos, que todo lo dicho era insuficiente y con frecuencia inexacto e injusto.

Cuando repasamos una bibliografía del *Quijote* o de Cervantes nos sorprende a primera vista la cantidad de vacuidades vertidas en miles de cuartillas que sobre el tema se han escrito. La mayoría de los eruditos de la centuria pasada revolvieron con voracidad ratonil papeles y documentos para obtener a fin de cuentas algunos datos y aclaraciones en el texto que unos y otros fueron repitiendo sin tomarse la pena de dilucidar su verdadero significado histórico y filosófico. Este trabajo era necesario y útil pero insuficiente. Faltaba la crítica de alto vuelo, interpretativa, filosófica, sentimental y psicológica.

En este punto como en tantos otros de la historia de España, los siglos XVII y XVIII pasan en Europa sobre el *Quijote* sin comprender el trascendente significado de su locura. Sus andanzas y las andanzas de España están demasiado recientes. El espíritu europeo ocupado en construir sistemas filosóficos y solucionar los conflictos que la Reforma y el Renacimiento habían planteado, no puede volver la vista atrás. Boileau, gran dictador de la crítica europea en un momento, no compara, define. Y los enciclopedistas y neoclásicos franceses que dan el tono a un siglo, giran en una órbita muy lejana de la quijotesca. Voluntad, fuerza y acción, signos del momento español (siglo XVI) se ven sustituidos por erudición, regla, pensamiento y reflexión, signos del momento francés (siglo XVIII). Además, España se ha empobrecido. Ha perdido su poder. Es sólo rica en hidalgueros ignorantes y fanfarrones. Su filosofía, si alguna tiene, no es de aquella hora.

Con la gran conmoción del Romanticismo, lo español vuelve a estar de moda pasajeramente. En Alemania, foco y manantial de la nueva fe, se tuvo la intuición de lo que España y su pasado—pasión, individualismo, heroísmo, realismo, etc.—significaban en la cultura europea. En el período romántico, con Calderón y el Romancero, resucitan Don Quijote y Don Juan. Era natural en una época de dinamismo vital. ¡Qué mayor fuerza dinámica que la del héroe manchego y el Burlador sevillano!

En el año 1837, ya en las postrimerías del período romántico, se publica en Stuttgart una edición alemana del *Quijote*, importante para la historia de la crítica. El prologuista anónimo de la edición formula de pasada una de las apreciaciones más certeras y nuevas para aquellos días sobre el estilo y la técnica de Cervantes. “Velaba,—dice—el genial escritor, sus más secretos pensamientos para despistar a los sabuesos inquisitoriales.” Más adelante, al examinar el libro de Américo Castro, *El pensamiento de Cervantes*, veremos la importancia capital que esta hipocresía, el continuo vigilar los puntos de la pluma, tiene en la obra de Cervantes y aun en todas las obras escritas en los tiempos de la Contrarreforma. Con todo, no es este prólogo lo que da su más alto valor a la edición de Stuttgart. En ella se publica un estudio original de Heine sobre Don Quijote, primera profesión de fe quijotesca en los tiempos modernos del atormentado poeta de *Atta Troll* y el *Intermezzo*. “En las páginas de Heine—dice Azorín—se contienen muchos de los más importantes puntos de vista que modernamente se habían de adoptar respecto a la novela de Cervantes. . . . Heine vió el *Quijote* como lo vió por la afinidad suya moral con el libro de Cervantes, porque su conflicto interior era análogo al conflicto expuesto en la gran novela.” Recordemos emocionados los últimos días del poeta en tierra extranjera, despreciado e incomprendido por sus compatriotas.

Quisiéramos citar algunos pasajes del bello estudio de Heine pero bastará decir que las intuiciones geniales del vate alemán inauguran el período de comprensión. En el

transcurso del siglo XIX ya nadie osará mofarse de la sublime locura del buen hidalgo. Por el contrario, una atmósfera de admiración, de amor, acaso de envidia como muy bien apunta Spengler, le acompañará en su camino.

De Heine a Turguenef y Nietzsche, estudios, ensayos, citas y alusiones se multiplican. Turguenef proclama a Don Quijote símbolo de la fe frente a Hamlet, símbolo de la duda. Y Flaubert confesará sin sonrojo: “Je retrouve mes origines dans le livre que je savais par coeur avant de savoir lire—Don Quichotte,” y aun cuando la cita no se exprese en toda novela y ensayo del siglo XIX, la sombra del espíritu y la ironía cervantinas vaga y revolotea por sus páginas. Esto en cuanto a la crítica de simpatía, sentimental, lo que llamaremos Quijotismo; paralelamente la crítica filológica, histórica, empieza a ocuparse de Cervantes en todos los países. Basta repasar una bibliografía del *Quijote* para ver el aluvión de estudios y monografías que sobre Cervantes se escribieron en el siglo XIX. El contenido y significado de esta crítica puramente cervantina lo examinaremos brevemente al tratar del libro de Américo Castro. En tanto, ¿qué sucede en España? Los ecos del Romanticismo llegan un poco apagados a la Península Ibérica y todo se resuelve en gestos y aposturas gallardas. El nuevo dogma literario, dogma de burguesía en el fondo, no podía prender en España, donde sólo quedaban aristócratas apicarados. En el Romanticismo español faltó la gran voz que con aliento suficiente defendiera nuestros símbolos genuinos. Larra, el temperamento más cervantino de la literatura española, después de Cervantes, recuerda constantemente al Caballero; pero él no tuvo tiempo de exponer en un amplio estudio su actitud; sólo citas y alusiones desperdigadas. El pobre Fígaro tenía también bastantes tuertos y desafucros que enderezar. ¡Quién sabe lo que hubiera hecho si el Destino hubiera detenido la bala que cortó su vida en flor de juventud!

De los demás, fuera de odas y versos sonoros, no se podía esperar mucho. Azorín registra, no obstante, en su libro *Valores literarios* la noble indignación de un poeta

menor, Pablo Piferrer, al considerar el desamparo en que sus contemporáneos tuvieron a Cervantes, y además el viaje a la patria de Don Quijote, emprendido por Jiménez Serrano en el año 1848, lleno de romántico entusiasmo, el mismo viaje que también por móviles sentimentales emprendió Azorín 57 años después para publicar *La ruta de Don Quijote*. Así transcurre casi en blanco para la exégesis y explicación del Quijotismo todo el siglo XIX. Y en los umbrales del actual la pluma de Clarín, el crítico más inquieto y perspicaz de su época, palpitará pidiendo el libro del quijotismo. El campo queda en poder de eruditos, de los eruditos de aquella época, miopes, casi ciegos, para todo lo que no sea el dato y minucia, incapaces de remontarse hasta una idea general. Se investigan, y para eso de un modo incompleto, todas las malandanzas de Cervantes, sus líos y claudicaciones; se complacen algunos con delección morbosa en todas las estaciones del Calvario del gran escritor; se gastan litros de tinta en aclarar el uso de una preposición, pero falta la crítica amplia y comprensiva. El mismo Menéndez y Pelayo, que tan magistrales páginas escribió sobre otros escritores y libros de nuestra literatura, no se atreve a penetrar en el recinto cervantesco. En el *Discurso sobre Don Quijote y Cervantes* y en la *Historia de las ideas estéticas* se encuentran puntos de vista razonables, juicios certeros que la crítica moderna desarrollará y pondrá en claro, pero al llegar a la hora de las conclusiones decidirá que la obra de Cervantes es la obra del buen sentido. Le faltó valor o tiempo para recorrer siquiera fuese una punta del discreto velo que tres siglos de prejuicios y torpe tradición habían echado sobre la época dual y contradictoria, llena de profundidad del Renacimiento y la Contrarreforma. En lo que atañe a Cervantes, Menéndez y Pelayo no pasó de la superficie. El terreno era en extremo resbaladizo. También Valera acierta alguna vez, muy rara. No era su espíritu, inteligente, ático y frío, el más propicio para comprender a Cervantes y amar a Don Quijote. *Dandy* en la literatura y en la vida, le asustaban los abismos. Carecía de inquietud.

¿Qué ha pasado para que durante tres siglos no se haya logrado entender en España el libro máximo, la Biblia del Españolismo, y se haya vilipendiado y menospreciado a su autor? Admiración incomprensiva y rutinaria, intuiciones mal definidas de que allí había algo que nadie sabía explicar. ¿Es que la cultura es algo inaccesible? ¿Es que después de cientos de años de civilización y progreso no somos capaces de explicar satisfactoriamente las causas de un hecho concreto, el proceso de una idea?

En nuestra época se desvanece el misterio, se abren las puertas, y las aportaciones de críticos, ensayistas y filólogos realizan un considerable avance. Acaso hoy no esté totalmente explicado todo lo que concierne a Cervantes y al *Quijote*, pero por lo menos es la actual la única época que ha logrado definir concretamente su posición frente a este libro, cofre de nuestro pasado y acaso también de nuestro futuro. Puede decirse que si el primer cuarto del siglo XX no dejase en España nada nuevo ni perdurable, que si esto que hemos venido llamando actual Renacimiento español, fuese una falacia, sólo con haber reaccionado de modo claro y abierto ante el libro de Cervantes y haber disipado las sombras que ocultaban su sentido, los hombres que en él vivieron habrían realizado su misión histórica.

De dos modos reaccionan los escritores de hoy, y en general todo lector consciente ante el *Quijote*; dos modos que ya estaban implícitos en las dos tendencias críticas del siglo pasado; uno, sentimental, afectivo, psicológico; otro, intelectual, histórico. A los que están en el plano psicológico o sentimental les interesa el caso Quijote, Alonso Quijano como carácter vivo, auténtico y autónomo, tan real como cualquier individuo de carne y hueso. Para ellos Cervantes es mero cronista. De ahí su Quijotismo.

Aquí me veo obligado a hacer dos pequeños paréntesis. Primero, me interesa advertir que nos movemos en el mundo de los símbolos y cuando de lenguaje simbólico se trata no se pueden tomar las afirmaciones al pie de la letra; son valores convencionales. Hago esta aclaración porque no ha dejado de haber alguien que al leer el simbólico libro

de Unamuno, *Vida de D. Quijote y Sancho*, haya tomado al pie de la letra las afirmaciones del escritor de Salamanca y lo haya motejado de loco. En este punto como en otros muchos, la culpa debe ser de los lenguajes modernos que no son todavía lo bastante flexibles para expresar ciertas ideas sutiles. Segundo, observemos cómo uno de los aciertos más geniales de Cervantes ha sido el dotar de vida propia a sus personajes y especialmente a Don Quijote. En ningún otro de los grandes caracteres creados por la mente humana se da este caso. Fausto es demasiado intelectual; no se sostiene por sí mismo. Tras él, percibimos siempre el poderoso cerebro de Goethe. Don Juan obedece ciegamente a un imperativo biológico, a una tara patológica y tampoco nos da una sensación firme de realidad. Hamlet y los otros personajes de Shakespeare sólo tienen una dimensión de profundidad no superada, pero sólo una dimensión. En cambio, Don Quijote y Sancho en su locura, y todos los pícaros, bachilleres, etc. que les rodean y hacen coro, son seres vivos, rebosantes de humanidad, con todas las dimensiones de seres de carne y hueso. Así se explica el que se haya proclamado al *Quijote*, precursor de toda la novela psicológica.

La crítica colocada en el plano intelectual se orienta hacia los problemas literarios y filosóficos que el libro y por tanto el autor, plantea. De ahí, Cervantismo o crítica cervantesca.

Hemos seleccionado para comentar y resumir los cinco libros que desde uno u otro plano caracterizan mejor el pensamiento moderno. De estos cinco libros, dos orientan su luz plenamente hacia Don Quijote, estudio de caracteres: Unamuno, *Vida de D. Quijote y Sancho*, y Madariaga, *Guía del lector del Quijote*. Uno se sitúa en plano intermedio, fluctúa entre el carácter y la ideología, el ensayo de Maeztu en el libro *El Quijote, Don Juan y la Celestina*. Los otros dos enfocan su reflector potente aunque con vario designio e instrumental, al campo de las ideas puras y de los movimientos históricos de la cultura: Ortega y Gasset, *Meditaciones del Quijote*, y Américo Castro, *El pensamiento de Cervantes*.

El patriarca mayor del Quijotismo, Santo Padre definidor de la nueva religión, es D. Miguel de Unamuno y su libro uno de los más bellos, fascinadores y emocionantes, impreso en letras castellanas. El Quijotismo de Unamuno tiene hondas raíces en el alma del autor, raíces de dos clases que alimentan y dan savia vital a su entusiasmo. Unas afectivas, morales de simpatía y coincidencia; otras, intelectivas, racionales. Combinadas, nos darán la pasión, clima espiritual de Unamuno. Temperamento puramente ibérico, representa en el círculo actual de nuestras letras esa cualidad substantiva del español. Al coger el libro de Unamuno, se respira desde la primera línea una atmósfera sofocante, una temperatura difícil de soportar para quien no tenga los nervios muy seguros. *Delirio, vértigo, locura, espasmos, miserables, Cruzada*—palabras sacadas al azar de la primera página del libro se repiten constantemente a modo de *ritornello* en todos los pasajes de la obra. Vocabulario típicamente pasional da un marcado carácter dinámico a la crítica unamunesca, tan dinámico que se hace contagioso. El carácter pasional de Unamuno tiene para nosotros un sentido especial puesto que se trata de ver el alma de Don Quijote, máximo español que jamás haya existido a través de otro español máximo. Don Miguel acompaña al caballero en todas sus aventuras y al glosarlas, adquieren significación insospechada. Cada capítulo del libro es una ventana que ilumina un rincón oscuro de nuestra conciencia y de nuestra subconciencia de españoles. Vemos la vida, no como es, sino como debe ser. ¡Qué indignación la de Unamuno, cuando el caballero yace por tierra, maltrecho, herido por burlas y encantamientos! ¡Qué regusto y alegría ante los escasos triunfos de D. Quijote!

Imposible hacer inventario de los juicios, ideas y sugerencias que el libro contiene. No obstante, trataremos de entresacar algunos de los más importantes:

1. *La locura de Don Quijote es locura de imaginación, no de entendimiento*. Don Quijote comprende la realidad, se da cuenta de que es objeto de burlas, pero su imaginación ve

un mundo mejor, todo generosidad y belleza. Y en aras de este mundo que él sueña, hizo el sacrificio mayor; sacrificó su juicio. "Llenósele la fantasía de hermosos desatinos" . . . —habla Unamuno—"y creyó ser verdad lo que es sólo hermosura. Y lo creyó con fe tan viva, con fe engendradora de obras, que acordó poner en hecho lo que su desatino le mostraba. Y en puro creerlo, hízolo verdad."

2. *La fama y la gloria, como estímulos.* El ansia de gloria y renombre es el espíritu íntimo del Quijotismo. Para él Dulcinea no es más que la encarnación de estos dos móviles supremos del alma de Don Quijote, afán de fama y gloria, de perdurabilidad, de inmortalidad, en una palabra. Resorte de toda acción humana y fin de toda vida consciente. La explicación de esta idea, centro de toda la filosofía de Unamuno, nos llevaría muy lejos. Quien se interese especialmente por ello, debe leer el libro que estamos comentando, *El sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos* y *La agonía del Cristianismo*, último libro de Unamuno.

3. *La justicia, la verdad y la fe de Don Quijote tienen sus raíces en la eternidad.* Por eso sus fallos en lugar de hacer bien, redundan siempre en perjuicio del débil.

4. *La voluntad, base de la vida humana.* Ésta es probablemente la idea más profunda y difícil que contiene la obra. Por eso creo que será mejor reproducir el pasaje que a ella se refiere:

Don Quijote discurría con la voluntad, y al decir—"Yo sé quien soy!"—no dijo sino—"yo sé quien quiero ser!" Y es el quicio de la vida humana toda: saber el hombre lo que quiere ser. Te debe importar poco lo que eres; lo cardinal para ti es lo que quieras ser. El ser que eres no es más que un ser caduco y perecedero, que come de la tierra y al que la tierra se comerá un día; el que quieres ser es tu idea en Dios, Conciencia del Universo, es la divina idea de que eres manifestación en el tiempo y el espacio. Y tu impulso querencioso hacia ese que quieres ser, no es sino la morriña que te arrastra a tu hogar divino. Sólo es hombre hecho y derecho el hombre, cuando quiere ser más que hombre. Y si tú, que así reprochas su arrogancia a Don Quijote, no quieres ser sino lo que eres, estás perdido, irremisiblemente perdido. (*Vida de D. Quijote y Sancho*, p. 40.)

Esta idea, eco del "voluntas superior intellectu" de Schopenhauer, se encuentra también en el libro de Ortega aunque con significado y fraseología diferente.

5. *El valor de la vida.* Unamuno pasa por alto y sin comentario todos los pasajes de pura crítica literaria que no se relacionan con la vida del caballero: escrutinio, discursos, novelas intercaladas, etc. "Tratan de libros y no de vida" dice, con lo que proclama el valor de la vida, producto espontáneo, sobre los libros, producto de cultura, concepción característicamente moderna que nos llega a través del siglo XIX.

6. *La quijotización de Sancho.* Para Unamuno, Sancho es como la otra cara de Don Quijote. No se contrapone a él, lo complementa. Sancho representa, según Unamuno, lo que hay de noble y bueno en el pueblo inculto. De vez en cuando, se ve a flor de superficie la codicia y maldad del rústico, pero en su trato con el caballero Sancho se va elevando. La fe de Don Quijote prende en él y al final de la obra no se sabe si admirar más al Caballero o al escudero. Es el único que comprende y ama a Don Quijote, hasta contagiarse de su locura de inmortalidad. Son las páginas dedicadas a Sancho y a Don Quijote las más bellas y emocionantes del libro.

7. *Los molinos, símbolo de la industria.* La fuerza del ideal lucha contra el maquinismo que mecaniza la vida, da uniformidad a los hombres y resta posibilidades al espíritu—pasaje admirable de actualidad palpitante.

8. *Valor procreativo del espíritu.* Los cabreros ignorantes y simples no entienden las palabras aladas de Don Quijote pero le respetan, se emocionan y al fin le obsequian con cantares. "El espíritu"—habla Unamuno—"produce espíritu, como la letra, letra, y la carne, carne. Y así la arenga de Don Quijote produjo a vuelta, cantares al son de cabreril rabel."

9. *Subjetivismo.* El mundo es lo que a cada uno le parece. Así el yelmo de Mambrino para unos es yelmo, para otros bacía.

10. *La voluntad, fuente del conocimiento.* Complemento

de la idea anteriormente apuntada sobre la voluntad, considero también pertinente citar el pasaje:

No es la inteligencia sino la voluntad la que nos hace el mundo, y al viejo aforismo escolástico de *nihil volitum quin praecognitum*, nada se quiere sin haberlo antes conocido, hay que corregirlo con un *nihil cognitum quin praevolitum*, nada se conoce sin haberlo antes querido. (*Op. cit.*, p. 118.)

Tema es éste fundamental en toda la obra de Unamuno, muy repetido en su libro básico *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*.

II. *Dos clases de caracteres, agrupados en círculos distintos.* (1) El círculo de la virtud; en torno a Don Quijote, astro refulgente, giran estrellas menores. Y es digno de observar que todos los que Unamuno coloca en la órbita quijotesca de la virtud son seres humildes e ignorantes: Sancho, los cabreros, e incluso aquel ventero, pícaro arrepentido, admirador de los libros de caballería. (2) El círculo del vicio. En él sitúa a los duques, bachilleres, canónigos, el ama y la sobrina, enemigos conscientes del héroe, demoleedores de todo heroísmo.

12. *La burla, corrosivo destructor del heroísmo.* Unamuno atribuye al escepticismo burlón la ruina de España y predice un retorno a lo serio y a lo heroico, como única vía de salvación.

Me he limitado a recoger los temas que mejor definen el pensamiento de Unamuno sobre el Quijote. Será difícil que nadie lo comente mejor ni con mejor ánimo. Unamuno se nutre del pensamiento filosófico del siglo XIX. Los estímulos y las perspectivas de hoy empiezan a ser otros. Pero hay algo perenne en la obra de Unamuno que no sucumbirá en la avalancha de las modas, algo que está íntimamente unido al alma española, al alma universal, que es eterno en el espíritu noble: es el anhelo de lo heroico, el ímpetu ascensional de la fe. Esta afirmación, puntos de vista filosóficos de gran trascendencia para el conocimiento y una lección sobre los bienes y los males de España quedarán siempre de la obra de Unamuno.

El libro de Madariaga pertenece también al ciclo del Quijotismo. En lo fundamental no hace sino seguir las

ideas de Unamuno modernizando las perspectivas. Madariaga, él mismo lo confiesa, se orienta hacia lo psicológico, estudio de caracteres. Unamuno es el ibero, puro, pasional e individualista, nutrido de ideas siglo XIX. Madariaga tiene un aire más del momento. Educado en Francia y en Inglaterra, ha adquirido una disciplina que no tiene Unamuno y que tampoco le hace falta. Unamuno, con una disciplina anglosajona, perdería todo su valor. En la *Guía del lector del Quijote* vemos al inmortal caballero desde otro ángulo, a través de un nuevo prisma temperamental, y la visión se va componiendo. La primera parte del libro está dedicada a estudios concretos sobre Cervantes y la literatura de su época. En lo que atañe a Cervantes, Madariaga, siguiendo una idea que ha hecho fortuna, le reprocha su proclividad a hacer mofa de Don Quijote y se pone del lado del caballero ofendido. Quijotismo frente a Cervantismo. La idea de la superioridad del héroe sobre el autor, de Don Quijote sobre Cervantes, enunciada por primera vez, según nos dice el mismo Madariaga, por Gobineau, gran pensador francés, uno de los más vigorosos y menos conocidos del siglo XIX, es una de las más arraigadas en la crítica quijotesca. Cuanto comentarista entusiasta del Ideal ha habido, hizo responsable a Cervantes del ridículo que una y otra vez cae sobre Don Quijote. Unamuno arremete fieramente contra el historiador en algunos pasajes; Baroja se indigna y lo atribuye a reminiscencias semitas, y quién sabe si en el menosprecio e incompreensión que la crítica ha demostrado continuamente por el infeliz soldado de Lepanto no ha influido ese prejuicio, escondido en el fondo de la subconsciencia de comentaristas y escoliastas. No se pensaba que sin la mofa de la canalla el *Quijote* hubiera sido un libro incompleto, desprovisto de la significación trascendental que tiene. Se ignoraba que en esta contraposición, que en "este despenarse el ideal hacia lo cómico," estribaba lo más genial del pensamiento cervantino. Castro ha sido el primero que ha visto claro y reivindicado a Cervantes de esta y otras injusticias con él cometidas.

También encontramos en Madariaga otra idea sobre Cervantes que urgía rectificar: "Todo en el *Quijote* revela improvisación," tópico del que han usado y abusado toda clase de críticos. Recuérdese a Ganivet en el *Idearium español*, libro excelente por otra parte, presentándonos a un Cervantes inclinado sobre la mesa de escribir y presto a dejarnos no se sabe si una obra genial o un gran esperpento. Madariaga, que escribe unos años después de Ganivet, es más cauto, lima un poco la dureza del juicio: "Todo indica que Cervantes lo escribía al dictado de la subconsciencia, rica en estados de ánimo." La moderna psicología actúa aquí de paliativo.

En los capítulos dedicados a la crítica literaria en la *Guía del lector del Quijote* hay algunos puntos de vista interesantes, aunque no muy nuevos. Por ejemplo, el demostrar de manera satisfactoria las preferencias de Cervantes por los libros de caballería.

Más interesantes y nuevos son sus estudios sobre personajes, psicoanálisis de caracteres. En cuanto a Don Quijote y Sancho, sigue el hilo a las sugerencias de Unamuno, aclarando algunos pormenores y detalles que aquél dejó en la penumbra de su prosa entusiástica. Bien estudiado está el proceso de la sanchificación de Don Quijote. A medida que el alma del escudero se alza hasta el plano ideal de Don Quijote, el espíritu del caballero va descendiendo, ósmosis psicológica que aúna y hermana estas dos almas gemelas y universales.

Nosotros vemos no obstante el mayor acierto de Madariaga en los estudios de dos caracteres secundarios: Dorotea, encarnación de la listeza, y Cardenio, encarnación de la cobardía. Al desviar el foco se iluminan con luces de vario color, como en la escena moderna otras figuras del gran retablo y con ello gana el conjunto. Por contraste y claro oscuro, destacan más las figuras centrales, y se armonizan los motivos. En resumen, el libro de Madariaga, discreto y bien escrito, sin grandes pretensiones, como el título ya nos indica, es auxiliar considerable para la crítica actual y para quien quiera leer el *Quijote* con una orientación moderna.

El ensayo de Maeztu lleva impreso el marbete de una clase de crítica que se usaba mucho hace veinte años, eco póstumo de la voz de Costa y Macías Picavea. Maeztu es uno de los hombres más atormentados por encontrar soluciones. Moralista por temperamento y herencia, autodidacta, orientado hacia el positivismo y la acción por imprenta imborrable de veinte años de vida y contacto con las doctrinas filosóficas y políticas anglosajonas, camina siempre tras la idea capaz de encarnar en resultados concretos. Su punto de vista sobre el *Quijote* es eminentemente político y moral; ideas que como buen positivista, significan para él la misma cosa.

Resumamos el pensar de Maeztu. En un momento de alta tensión histórica, cuando el cansancio de la raza se avecina, un buen hidalgo viejo y feble, sale de un recóndito lugar de la Mancha con un rocín sin sangre, una lanza mohosa y carcomida y una celada de cartón, sin más soporte que su fantasía calenturienta y su ánimo esforzado. De pronto, topa con la realidad exterior. El brazo falla, la lanza salta hecha astillas, caballero y rocín ruedan por tierra, y el espectador retoza y ríe. De nada sirven ni la fantasía ni el ánimo esforzado cuando los medios son inadecuados. En todas las páginas del *Quijote*, la risa y la mofa son el colofón de todo heroísmo.

Maeztu deduce: "Del *Quijote* se desprende una filosofía moral muy concreta. La filosofía que ha llegado a convertirse en máxima universal de nuestra alma española. No nos metamos en libros de caballerías; no seamos Quijotes. El que se mete a Redentor, sale crucificado."

Continuemos resumiendo.

Los ánimos españoles desmayan y a partir del *Quijote* empieza fatalmente la decadencia española.

Tomemos otra obra maestra contemporánea del *Quijote* y sus repercusiones en el pueblo que la produjo: *Hamlet* y el pueblo inglés. Cuando España ha llegado al ápice de su energía, otro pueblo vela el momento de desmayo para lanzarse a la acción. En este instante Cervantes y Shakespeare producen sus obras maestras. ¿Qué pasa en *Hamlet*?

El príncipe dinamarqués antes de lanzarse a obrar duda y somete a prueba apriorística todos sus actos. En tanto la duda resuelve y el ánimo se decide a la acción, la catástrofe y la muerte terminan todos los conflictos. Maeztu llega a esta conclusión. La filosofía del *Hamlet* impele a obrar. "La lectura del *Quijote* engendra Hamlets, hombres irresolutos. La lectura de *Hamlet* engendra Quijotes, hombres de fe en la acción." Su tesis la prueba con la historia en la mano. Inglaterra se hace el imperio más poderoso del mundo. España, perdido todo su poder, desaparece del cuadro de las grandes potencias. La idea de Maeztu tampoco era nueva. A él le cabe, empero, la honra de haberla definido. Su crítica unilateral y de partido no es la que conviene a los tiempos que corren. Para nosotros que tratamos de obtener una visión global es una ventana más que se abre. Toda nueva perspectiva sobre un paisaje descubre detalles y rincones que antes no habíamos visto.

Entremos ahora a examinar un libro enteramente distinto a los anteriores. Vamos a ver con lentes de última fabricación, potentes y claros. Se trata de *Las Meditaciones* de Ortega y Gasset.

Inicia este libro una nueva clase de crítica puramente elucubradora, filosófica, intelectual. Ortega dispara su atención, como el flechero su saeta, hacia los problemas literarios y de conocimiento que el libro plantea. Vamos tras de las ideas, no tras de los caracteres. Ortega es, antes que nada, un hombre que mira y explica, desbroza las ideas, como el leñador desbroza el bosque. Su norma es el afán de claridad, de comprensión. Nadie nos desmenuza y aclara un punto oscuro como él. Filósofo ante todo, alinea sus ideas con un estilo de superior calidad artística. En las *Meditaciones del Quijote*, encontraremos nociones básicas.

Lo primero que sorprende en este libro, el autor nos previene, es la escasa atención aparente que se presta al objeto de meditación. Tendremos que dar un largo rodeo hasta llegar a una idea, limpia y refulgente como una piedra preciosa. Cervantes sólo aparece citado por casualidad y

sin embargo, al terminar la lectura podemos regocijarnos de haber aprisionado el sentido de algo antes fugitivo y borroso.

El objeto a meditar es para él el trampolín que lo lanza al espacio de los grandes temas, temas universales, temas con mayúscula. Una vez en el espacio libre, se pierde y revolotea. Aviador y experto, se eleva hasta perderse de vista. Pero no nos impacientemos. Al fin lo veremos llegar planeando con elegancia al campo de aterrizaje. Como hicimos con Unamuno, vamos a tratar de clasificar los temas más importantes del libro. Para ello haremos tres grandes grupos:

Primero: temas puramente filosóficos: doctrina del punto de vista; perspectivismo, teoría del conocimiento que inspira la obra de Ortega y que más tarde ha desarrollado con amplitud en *El tema de nuestro tiempo*. Recordemos lo dicho por Unamuno. El mundo es lo que a cada uno le parece. Hasta cierto punto, las primeras insinuaciones del nuevo sistema filosófico se encontrarían en la doble visión de Cervantes: mundo de Don Quijote y mundo de Sancho; bacía-yelmo; molinos-gigantes, etc.

Ahora bien, Cervantes y Unamuno llegan a la doble visión subjetivamente. La idea parte del sujeto observador, no de la realidad observada. Ortega, en cambio, procede objetivamente. La visión no está en el observador; depende del plano de enfoque, de la realidad misma. Él llega a decir, no recuerdo en donde, aunque me parece que es en *El tema de nuestro tiempo*, que precisamente la esencia de la realidad es el poder ser mirada desde diferentes puntos de vista y darnos diferentes impresiones, según la consideremos de arriba o de abajo, de frente o de lado.

El otro gran tema puramente filosófico es el que se refiere a las culturas. Cultura mediterránea, impresionista, confusa. Cultura germánica, racional, clara. Tergiversa de manera admirable la concepción antigua de la claridad latina y las nieblas germánicas.

"Leibnitz o Kant o Hegel son difíciles pero son claros como una mañana de primavera. Giordano Bruno y

Descartes tal vez no sean del mismo modo difíciles pero son confusos." La cultura germánica es cultura de meditadores; la cultura mediterránea es de sensuales. El órgano del sensual es la retina, el paladar, los sentidos en general. El órgano del meditador es el concepto. La profundidad, el pensamiento, la filosofía de occidente son de oriundez germánica. Las artes plásticas de oriundez mediterránea. El mediterráneo ve la superficie. El germánico ve la profundidad. No se trata de jerarquía. La superficie de un cuerpo es una dimensión y la profundidad es otra. Tras laboriosa rebusca hemos llegado a apresar una premisa básica. El arte de Cervantes y el alma española son característicamente impresionistas.

El otro grupo de sugerencias y temas del libro de Ortega es el que se refiere a los géneros literarios. Resumamos: toda la novela moderna, realismo, ironía, psicología y ambiente, actualidad, deriva de Cervantes. Frente a lo novelesco, arte del presente, se contraponen lo épico, arte del pasado. "Toda novela lleva dentro el *Quijote*; todo poema épico lleva dentro la *Iliada*."

El último grupo de temas y sugerencias es el que alude explícitamente a España: el pasado y España. Comenta Ortega una observación de Kant: "España es la tierra de los antepasados." "Es decir," aclara Ortega, "la vida en España, está regida por los antepasados, por los muertos." El alma tradicional, reaccionaria de España se aferra al pasado y odia lo nuevo. Y aquí viene una observación aguda y lacerante: "No es casual que los celtíberos llamaran la atención en el tiempo antiguo por ser el único pueblo que adoraba a la muerte." A Ortega se le olvida observar que aún hoy, en ningún país del mundo, se rodea a la muerte de mayor pompa y solemnidad que en España. Todos los que hayan estado allí habrán observado el desolador y terrible efecto de un entierro por una de las calles castellanas o andaluzas, mientras las campanas doblan. Yo he visto pasar entierros por calles de diferentes países y nunca me ha sobrecogido el ánimo una impresión tan tétrica y desolada. Parece como si una sombra

invisible de ultratumba quedase extática revoloteando sobre el ámbito de la ciudad.

Juicio de Ortega sobre el siglo XIX español. Para Ortega, el siglo XIX y especialmente el período de la Restauración es el más estéril y superficial de la historia de España. Citemos unas líneas:

La Restauración, señores, fué un panorama de fantasmas y Cánovas el gran empresario de la fantasmagoría.

Ahora vemos claro a qué es debida la incomprensión del siglo XIX de una obra como el *Quijote*.

Y vamos por fin al último libro de que me propongo tratar: *El pensamiento de Cervantes*, libro eminentemente científico, nos aclara de una vez para siempre toda la penumbrosa y fugitiva alma de Cervantes.

Después de libros como el de Unamuno, Maeztu y Ortega la sensibilidad española moderna podía situarse frente al caso *Quijote*. Pero se echaba de menos una fórmula precisa que nos explicase de modo concluyente el fenómeno Cervantes. ¿Cómo íbamos a resignarnos a creer hoy que el exponente máximo de nuestra cultura fuera un inconsciente por muy genial que se nos presentase? El prejuicio de Cervantes, ingenio lego, que venía predominando, era una tacha vergonzosa para la cultura española. Nos hacía falta un libro como el de Castro que sin entusiasmos ni loas ni tópicos, con disciplina y métodos, pusiera las cosas en su sitio. Trabajos modernos como "Un aspecto de la elaboración del *Quijote*" de Menéndez Pidal, *Cervantes y su obra* de Bonilla San Martín, comentarios eruditos como los de Rodríguez Marín y Schevill y Bonilla, rectificaban puntos importantes. La crítica extranjera seguía sin rectificar en lo radical el juicio de Cervantes ingenio lego y genio inconsciente. En 1925, la obra de Castro viene a atajar la injusticia.

Queríamos insistir en este punto de la incomprensión de la crítica hacia Cervantes, pero preferimos remitir al que ello le interese especialmente a la introducción del libro de Castro, donde se halla claramente expuesto este problema.

Algunos se preguntarán: ¿pero es posible que tres siglos de crítica no hubieran descubierto lo que Castro ha descubierto en unos años? En efecto, parece cosa de cuento y mentira. Se juzgaba a Cervantes con ideas que no eran de su tiempo y de ahí la falsedad de las conclusiones. A Castro, hombre de mentalidad modernísima y de gran cultura filológica e histórica, se le ocurre hacer lo que era natural y lógico: situar a Cervantes en su época, que él conoce como pocos.

La labor era difícil. En primer lugar, todavía falta mucho por estudiar de nuestro siglo XVI; hay textos fundamentales, ignorados o semiignorados que habría que poner en circulación. Era necesario, además, pasar por encima de prejuicios muy arraigados todavía que hacían difícil una labor de pura objetividad. Sin duda queda bastante por decir, pero lo que no admite réplica es que el libro de Castro ha reivindicado de manera concluyente a Cervantes, ha sentado conclusiones que será muy difícil o imposible desmentir y ha esclarecido considerablemente el período fecundo, culminante y borroso del Renacimiento español. Hagamos un resumen de lo más importante que el libro contiene.

La crítica anterior había considerado a Cervantes como mero receptáculo de las ideas de su época. Para Castro, lo más importante, en cambio, es el ángulo vital del autor, la perspectiva que él escogió para sí, merced a la cual las cosas reciben típica existencia y se transforman en esa realidad maravillosa que se llama mundo cervantino. No estudiar la época valiéndonos de Cervantes como espejo, sino estudiar la época primero, el autor después y ver los elementos que su temperamento aprovechó. La labor eminente de producción artística es labor de selección. Cervantes se halla en el centro del problema del siglo XVI, siglo de conflicto, de confluencia de dos épocas; la tradición de la Edad Media se estrella con las ideas modernas que el Renacimiento produce. Para resolver el conflicto vital de la época, se acude a la razón, pero la razón no hace sino acortar diferencias. Era prematuro y casi imposible re-

conciliar las dos tendencias. Para un espíritu selecto, la única solución era acogerse a la doble verdad, verdad de razón y verdad de fe, mantener vivo ese dualismo irreconciliable. "La gran originalidad de Cervantes," dice Castro, "lo que forma la clave de sus más altas producciones es, con el sistema de la doble verdad, ese despeñarse del ideal por la vertiente de lo cómico."

En el terreno estético, el dualismo de la época produce dos mundos opuestos: el de la verdad relativa, fenoménico, histórico, y el de la verdad absoluta, poético.

Cervantes hará la síntesis de los dos mundos. Contrapondrá lo particular-histórico a lo universal-poético. "Lo genial de Cervantes ha consistido," habla Castro, "en el arte con que ha introducido en lo más íntimo de sus héroes, el problema teórico que inquietaba a los preceptistas. El autor ha colocado a Don Quijote en la vertiente poética, y a Sancho en la histórica. Don Quijote hablará en nombre de la verdad universal y verosímil; Sancho defenderá la verdad sensible y particular."

Otra idea fundamental del libro es la idea de la armonía en Cervantes, armonía derivada directamente del neoplatonismo renacentista. El espíritu de Cervantes busca la armonía y la concordancia. Castro nos demuestra cómo se persigue al error en todas las obras de Cervantes. Dos clases de errores se repiten continuamente en el mundo cervantino, errores físicos, sensoriales y errores morales. A los dos el autor pone como colofón el castigo. El error sensorial trae consecuencias cómicas. El error moral acarrea consecuencias trágicas. Cuando Don Quijote se engaña por error físico, la risa surge inmediatamente. Cuando algún personaje contraviene las leyes de la moral natural, típica del Renacimiento, (caso de Grisóstomo, de Carrizales en "El Celoso Extremeño") la muerte se encargará de restablecer la ley natural contravenida. A la serie del error, Cervantes contrapone la serie de la armonía. Los personajes que aciertan y siguen la ley natural alcanzan siempre la felicidad. Observemos cómo Cervantes usa de la regulación literaria para definir sus ideas. Su actitud es siempre una actitud racional y consciente.

Junto a esta consagración de la razón, el Renacimiento exalta lo natural. La naturaleza como fautor de la vida es una idea típica del Renacimiento, de fuente también neoplatónica. A la doctrina de la transcendencia, se opone la de la immanencia. Las consecuencias que de esto se derivan para el pensamiento moderno, son incalculables. Dotada de poder inmanente la naturaleza, todas las concepciones teológicas de la Edad Media se derrumban. La justicia, la moral, la religión se humanizan, y el hombre se hace a la medida de todas las cosas. El naturalismo mueve fatalmente al espíritu hacia lo vital y espontáneo: menosprecio de corte y alabanza de aldea.

En la filosofía contradictoria de este período está en germen toda el alma moderna. "Cómo armonizar lo racional y lo vital, lo poético y lo real es el magno problema que Cervantes blande ante el arte moderno." Castro demuestra con abundantes citas cómo maneja Cervantes la ideología de esta época frondosa, no sólo en el *Quijote* sino en todas sus obras. Y nos señala cómo adquirió Cervantes su cultura y cómo hasta él pudieron llegar los temas del Renacimiento. Erasmo y León Hebreo entre otros grandes humanistas nutrieron a los espíritus españoles de aquella época. Erasmistas españoles como Mal Lara, Juan de Valdés y otros muchos, pusieron en circulación todas las ideas contemporáneas. Además muchos de nuestros mejores ingenios, Cervantes entre ellos, pasaron largo tiempo en Italia donde se pusieron en contacto directo con el Renacimiento y sus doctrinas. En resumen, el pensamiento de Cervantes, su posición ante los capitales problemas filosóficos de su tiempo, no difiere mucho de la de todos los grandes contemporáneos suyos, Bembo, Campanella, Galileo, Montaigne. Conste que Castro demuestra sus afirmaciones con abundantes datos, comparando textos cervantinos con textos de los autores citados.

Ahora bien, si es así, ¿en qué se han apoyado los críticos nacionales y extranjeros para sostener durante tres siglos la incultura de Cervantes? ¿A qué se deben esas continuas

protestas de heterodoxia y adhesión a las ideas tradicionales que adonde quiera encontramos en las obras cervantinas?

Hay que tener en cuenta para pronunciarse acertadamente en este punto:

1. Que Cervantes no era un filósofo, sino un artista. No le interesaba sistematizar sus ideas en un tratado filosófico sino producir una obra bella.

2. Que los más grandes escritores que el Renacimiento produjo dieron sus frutos dentro del catolicismo, y que en el dramático conflicto entre la nueva concepción del mundo y su fe religiosa, la fe venció muchas veces. Años después Pascal, para sostener su fe religiosa, tuvo que olvidar en un arranque conmovedor, todas sus geniales concepciones de matemático.

3. y principal: Que el movimiento de la Contrarreforma había extendido ya, cuando Cervantes escribía, por toda Europa y muy especialmente por España, sus férreas redes de censura por las que no pasaba ni la más ligera alusión que oliera a herejía. Cervantes tiene que velar la expresión de su pensamiento, retorcer su estilo, hacer grandes vueltas y espirales, valerse de insinuaciones, ejercitar, en una palabra, la heroica hipocresía de los hombres superiores del siglo XVII a la que alude Ortega. La Inquisición imponía un módulo estrictamente moralizador a la obra de arte, y el menor desliz conducía a la hoguera. Castro demuestra cómo la hipocresía era una norma de la que Cervantes usaba continuamente.

Los que hayan leído *El pensamiento de Cervantes* advertirán que en ésta como en las otras obras aquí comentadas me he limitado a hacer una síntesis somera y un ligerísimo examen de los puntos más importantes que contiene.

Como en una pantalla cinematográfica hemos visto desfilan ante nosotros los diferentes matices de la crítica moderna en torno a Cervantes y a Don Quijote. Visiones parciales todas ellas, no sería difícil hermanarlas en una síntesis y obtener una imagen cabal. Desistamos del empeño. Lo que interesa conocer son las distintas reac-

ciones del espíritu y, quizá más que nada, que todavía somos capaces de reaccionar ante una obra de arte como el *Quijote*.

Yo no creo paradójico afirmar la modernidad del tema. Recientemente Lunacharski, Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes del Gobierno de los Soviets ha resucitado a Don Quijote, Caballero del Ideal, para meterlo en el tráfago de la revolución rusa; y el genio de Cervantes todavía inspira páginas de bellísimo lirismo a uno de los artistas más representativos de la sensibilidad actual, el maestro Manuel de Falla en su "Retablo de Maese Pedro."

Yo no me atrevería a decir que en el mundo, aunque sí habría motivos para decirlo, pero al menos en España es evidente el sentido moderno del *Quijote*.

¿A qué sinó ha sido debido el que hasta este momento no haya calado España en la honda significación de su obra cumbre ni haya entendido la lección que de ella dimana?

Desde luego, además de las razones que apuntábamos al principio, es evidente que España *se repasa* a sí misma y el repaso debía empezar por la primera página. Notemos cómo las generaciones más jóvenes comienzan a revisar y definirse ante otros valores: Góngora, Quevedo, Goya.

Pero yo creo que la modernidad del *Quijote* no obedece sólo a esto. Hay algo más íntimo que nos eleva hasta esta obra ejemplar. El conflicto del *Quijote* es un conflicto de nuestra hora. Nunca el conflicto entre el ideal y la realidad ha sido tan agudo. La desorientación del alma moderna es patente. Acaso como en los tiempos del Renacimiento y la Reforma, nos encontramos en un momento dual y contradictorio, producto del choque de dos civilizaciones. Hay algo que se va, algo que teníamos muy clavado en nuestra alma y que sentimos desgajarse; y algo nuevo que se ve surgir. Una nueva civilización se ve ascender, una nueva civilización que va destruyendo nuestras creencias.

Días demoledores los que corren, hoy, más que nunca, importa fijar el alcance de la tradición. Pueblo que al entrar en un período turbulento, no tenga bien sumidas sus raíces en el pasado es pueblo abocado a sucumbir. Observad sinó la premura de los pueblos jóvenes por buscarse ejecutorias que exhibir.

"Desdichada la raza," dice Ortega y Gasset en un raptó profético, "que no hace un alto en la encrucijada antes de proseguir su ruta, que no se hace un problema de su propia intimidad; que no siente la heroica necesidad de justificar su destino, de volcar claridades sobre su misión en la historia."

Felicitémonos, pues, de que España haya hecho a tiempo un alto en la encrucijada. El *Quijote*, libro de la filosofía española, aparece hoy claro a nuestros ojos. Hora de grandes síntesis la actual, en ella puede sentir el alma española la satisfacción de una conquista definitiva.<sup>1</sup>

ÁNGEL DEL RÍO

UNIVERSITY OF MIAMI, FLORIDA

<sup>1</sup> Después de escrito este estudio se publicó en la *Revista de Occidente* un ensayo de Ángel Sánchez Rivero titulado "Las ventas del Quijote," de la mayor importancia e interés para la moderna crítica cervantina.